



Capítulo 320 - Buscando una solución

Unas semanas después de su aumento de poder, Sephirothy logró suprimir el 25% de la energía de Vergil, creando una válvula temporal para contener su crecimiento descontrolado. Sin embargo, era una solución frágil. Cada día que Vergil pasaba sin verla por la noche, su energía se restauraba por completo. O peor aún: superaba el 115%, incluso con un simple descanso. Su cuerpo, en lugar de estabilizarse, volvió a la presión absoluta. Un ciclo sin fin, donde descansar equivalía a sobrecargarse.

Preocupado, Sephirothy sugirió usar la Manipulación de la Sangre heredada del Clan Baal para aumentar constantemente su circulación durante el tiempo que estuviera despierto. La idea era simple: mantener activo el flujo de energía y, así, distribuir mejor la carga interna. Pero la teoría fracasó estrepitosamente.

Descubrió que al forzar la circulación sanguínea, no solo optimizaba el sistema, sino que lo multiplicaba. La sangre en movimiento estimulaba el corazón, que a su vez producía más energía, creando un efecto cascada que lo transformó involuntariamente en una fuente de energía viviente. El don del Clan Baal dejó de ser una simple técnica para convertirse en un verdadero generador de poder puro, acelerando la ascensión de su cuerpo y alma.

Cuando le contó a Raphaeline sobre el fenómeno, ella decidió probarlo. Y aunque no obtuvo los mismos resultados —quizás debido a la diferencia de linaje o al nivel de fusión entre cuerpo y alma—, también sintió un cambio.

Su sangre aceleró la producción de energía, como si alimentara un horno interno. Esta pequeña revelación la llevó a detener todas sus actividades y aislarse en un entrenamiento profundo, reevaluando cada una de sus técnicas





desde el principio. Ada, observándolo todo, siguió los pasos de su madre y se encerró de inmediato para aprender una nueva habilidad.

Virgilio, por su parte, se encontró ante una duda aún más compleja.

Si la Manipulación de la Sangre lo estaba abrumando, tal vez era hora de recurrir a otro don antiguo: la Llama Ardiente del Clan Agares.

A diferencia de la legendaria Llama del Clan Phenex, que sanaba y regeneraba, la Llama de Agares era un poder destructivo y voraz. No restauraba, sino que consumía. Todo lo que tocaba su llama quedaba privado de maná, drenándolo hasta secarlo por completo. Y, sin embargo, no dañaba al usuario ni a quienes compartían la sangre del clan.

Por esta razón, Vergil siempre había evitado usarlo en combate. Era volátil, impredecible y difícil de controlar. Pero ahora, ante el caos que representaba su propio cuerpo, empezó a preguntarse: ¿era este, de hecho, su mayor activo?



La respuesta quizás esté en la pregunta más simple de todas: ¿Qué pasaría si en lugar de atacar a otros... lo dirigiera contra mí mismo?

¿El resultado?

Absolutamente nada.

Sin dolor. Sin resistencia. Sin reacción.

La Llama Ardiente lo envolvió... y simplemente se extinguió. Como si, ante él, incluso el poder devorador de maná se hubiera inclinado.



Frustrado por el rotundo fracaso de la Llama Ardiente, Vergil respiró hondo. Sabía que se estaba quedando sin opciones. Era como intentar apagar un incendio con humo.

Pero rendirse no era una opción.

Esta vez, se centró en otro legado que corría por sus venas: el Clan Sitri, maestros del viento, de la manipulación atmosférica y del aire como elemento y arma. Si la sangre le hacía generar poder y las llamas no podían consumirlo, tal vez la ligereza del viento podría disiparlo.

Concentró su energía y liberó una onda invisible a su alrededor. El aire respondió de inmediato. Se arremolinó suavemente alrededor de su cuerpo, formando una especie de cúpula en espiral continua. Era una técnica antigua, utilizada para crear campos de amortiguación o para alterar la presión atmosférica en combates a alta velocidad.



Pero Virgilio pronto se dio cuenta del problema.

Nada en él cambió.

La técnica del Clan Sitri era precisa. Hermosa, incluso. La corriente de aire era como un velo a su alrededor. Y, sin embargo, al estudiarla detenidamente, comprendió por qué era ineficaz: no estaba creando viento. Estaba manipulando lo que ya existía. Esto significaba que el gasto de energía era mínimo. Prácticamente nulo.

No hubo esfuerzo ni consumo. Por lo tanto, no hubo alivio.



Miró sus palmas, luego el espacio que se curvaba a su alrededor bajo su voluntad. El aire se movía. El poder obedecía. Y, sin embargo, en su interior, la presión continuaba. Como una tetera sellada sobre un fuego eterno. Siempre a punto de explotar.

Él no usó su energía; simplemente la ordenó...

Era como dar órdenes a una legión invisible que ya estaba allí, esperando órdenes. No necesitaba gastar maná para mover el viento; simplemente le decía qué hacer. Esto explicaba por qué, incluso en combates intensos, rara vez se sentía agotado al usar los poderes de Sitri. La naturaleza hacía el trabajo. Él solo afinaba el instrumento.

Stella lo explicó más tarde: el Clan Sitri siempre será fuerte porque nunca necesitará energía pura, sino control absoluto. Esto también explicaba por qué Roxanne pudo resistir su Aura Asesina, a diferencia de Katharina y Ada, quienes se desmayaron casi al instante.



Resultó que su fuerza mental era dos o tres veces mayor que la de los demás gracias a su incansable entrenamiento en control. Por eso pudo resistir toda esa descarga demoníaca de presión asesina.

¿Qué le quedaba a Virgilio?

Nada.

Zafiro se había marchado con Afrodita al mundo humano, una medida de emergencia. La Diosa del Amor, a pesar de su inmortalidad, estaba al borde de un colapso existencial en el Inframundo. El lugar simplemente no la reconocía como parte de su naturaleza. Con cada segundo que pasaba allí, la esencia divina de Afrodita se veía erosionada por la densidad abisal del



inframundo. Quedarse más tiempo sería un suicidio lento. Zafiro, irritada por toda la situación, se encargó de sacarla de allí.

Y con eso, Vergil perdió a su principal consejero mágico.

Zafiro era la más racional de todas en lo que a la Fuerza se refiere. A pesar de su temperamento explosivo y su tendencia al sarcasmo ácido, siempre sabía dónde buscar el conocimiento, cómo encontrar soluciones y, sobre todo, cuándo callar y simplemente observar y buscar una solución. Si alguien podía analizar su problema con serenidad y precisión, era ella.

Pero ahora, ella estaba fuera de su alcance.

¿Y la peor parte?

Incluso si hubiera estado presente... Vergil dudaba que ella hubiera sabido qué hacer.



Sefirotía, su propia madre, una de las entidades primordiales del Inframundo, no podía comprender la naturaleza de lo que le sucedía. Y si incluso ella, quien había contribuido a forjar los cimientos de este mundo y había presenciado incontables eones, no podía ofrecer una respuesta...

Zafiro, a pesar de todo su genio, probablemente tampoco podría.

La verdad era incómoda, casi cruel.

Virgilio no se enfrentaba a una mutación. Ni a una maldición. Ni siquiera a una herencia demasiado poderosa.



Se estaba enfrentando a sí mismo.

Su cuerpo era el arma. Su sangre, el motor. Su alma, el campo de batalla.

Sin embargo...

—Mmm... Lo siento. —La suave voz de Paimon resonó con un inusual tono de vergüenza.

Una mujer de aspecto sensual, normalmente tan altiva y segura de sí misma, se inclinó ante Vergil con un ligero rubor en su rostro, una expresión rara, casi desconcertante para alguien como ella.

Vergil arqueó una ceja. "¿Nada?" Su voz era seca y firme, pero no enojada. Solo agotada.

Paimon forzó una sonrisa torcida, casi infantil, en su intento de ocultar su frustración y sostuvo algo frente a ella con ambas manos: un Orbe Azul, que pulsaba débilmente, como si respirara una luz latente.

"Nuestros mejores expertos han trabajado incansablemente para intentar eliminar el Sello Celestial que aprisiona a la Emperatriz Dragón de Platino..." Dudó. "Pero, por desgracia, no hay mucho que podamos hacer cuando ella lo bloquea todo desde dentro."

Vergil tomó el orbe con cuidado, como si sostuviera una pieza rara y caprichosa. Entrecerró los ojos. "¿Se resiste al escrutinio?"

Paimon asintió, más confiado ahora, pero su mirada aún baja.





Digamos que el sello en sí ya es bastante débil; después de todo, debe tener más de mil años. Pero la idiota que lleva dentro usa su propio maná para repeler cualquier intento de interferencia externa. Es como si rechazara cualquier contacto, incluso si pudiéramos ayudarla.

Vergil miró el orbe con ojos duros, el brillo azul se reflejaba en sus iris, proyectando un océano silencioso de decepción.

Desde que Azazel le había dado ese artefacto, todo lo que había recibido a cambio... era silencio.

Ninguna visión. Ninguna respuesta. Ningún susurro.

La misión de exterminar a los ángeles caídos se había cumplido con cruel perfección. Los había cazado, destruido y eliminado hasta el final. Su recompensa fue este orbe...



La esperanza de Vergil era clara: que la legendaria entidad dracónica allí prisionera pudiera darle respuestas. Una criatura tan antigua, tan poderosa, quizá sabía lo que nadie más sabía: cómo contener, o quizá trascender, el mismo cuerpo que estaba a punto de destruirlo debido a su exceso de poder.

Pero ahora... incluso eso parecía fuera de nuestro alcance.

Con un largo suspiro, levantó el orbe hasta sus ojos y lo miró en silencio, como si intentara, con fuerza de voluntad, perforar la capa de rechazo.

—Háblame, maldita zorra. —Maldijo el orbe antes de que brillara—. Ya está, puta despreciada, sal ahora y hablemos. Te sacaré de ahí y te liberaré para que sembrarás el caos. Que le den a todo, solo quiero asegurarme de que



JabraScan
RexScan



Traducción : Leo

estoy vivo, que le den a todos los demás. —Vergil habló con una mirada demoníaca.

